

con todas las calamidades que le son propias». — «Se ha confundido, proseguía, la libertad con la licencia, la cual, como todos los falsos dioses, tiene sus drúidas, que quieren alimentarla con víctimas humanas; pero, terminaba magníficamente, cuando los pueblos se prosternaron por vez primera delante del sol llamándole padre de la naturaleza, ¿pensáis que estuviese velado por las nubes que traen las tempestades? No, sin duda. Brillante de gloria, avanzaba por la inmensidad del espacio y difundía en el universo la fecundidad y la luz». En este discurso, inspirado como un himno, sentido como una elegía, la nobleza de las expresiones, la grandeza de las imágenes, la serenidad ante el peligro, el acento profético, todo parece indicar que el orador se considera y hasta se ofrece como víctima expiatoria. Siempre tuvieron los girondinos una frase oportuna ó sangrienta que arrojar al rostro de sus contrarios. Vencidos, entregados por la mayoría, con el cadalso por única perspectiva, Lanjuinais contesta á Chavot, que le insulta: «Debo decir al sacerdote Chavot que, en la antigüedad, el sacerdote, antes de inmolar á la víctima, la cubría de cintas y la coronaba de flores, pero no la ultrajaba».

Muy otros se nos presentan los montañeses. Estos son hombres de acción más que de palabra: oradores de club, en vez de discutir, amenazan; suplen la elocuencia con el gesto; el impropio y la injuria son sus supremos recursos oratorios. Recelosos y desconfiados, miraban como cosas peligrosas y aún reñidas con la igualdad la elevación en las ideas y la elegancia en el lenguaje, y habiendo visto con frecuencia cómo iban de la mano la falsedad y las buenas formas, se imaginaban que había de ser adusta la virtud y feroz la libertad. Hablan en la Convención como estaban acostumbrados á hacerlo en los jacobinos ó en los franciscanos; su vivacidad carece de arte; su calor, de nobleza; vociferan como energúmenos, alzan los puños, transforman los debates parlamentarios en altercado de plazuela.

Hay que exceptuar á Danton, el terrible tribuno, aunque no sin ciertas reservas; porque si bien es verdad que cuando discurre serenamente su palabra es clara, firme y, á veces, solemne y majestuosa; en cambio, cuando triunfa su temperamento revolucionario, deja atrás en violencia á los más exaltados demagogos. Su voz entonces retumba como el trueno; sus frases hieren como el rayo. Nada le detiene; fuerza las hipérboles, amontona las imágenes. Sus grandes mociones acerca del ejército de la Revolución, del pago y armamento de las secciones, del tribunal y los comités revolucionarios, fueron arrancadas á la mayoría por discursos cortos, rápidos, verdaderos torrentes, donde, como observan los críticos, «entre el agua turbia y el fango que arrastran, brillan á intervalos partículas de oro». No debe, por consiguiente, sorprendernos, que Danton no pronunciara ningún discurso que merezca recordarse íntegro. Su elocuencia es de acción y de circunstancias. Muchas veces consiste simplemente en un rasgo, un apóstrofe, una cita, un recuerdo. «Danton, dice su contemporáneo Garat, no ha escrito ni impreso nunca ninguno de sus

discursos. *Yo no escribo*, repetía. Esto mismo ha ocurrido en distintos siglos con algunos hombres extraordinarios, que, á su paso por la tierra, han dejado doctrinas y discípulos, pero no obras ó trabajos literarios; han comprendido, sin duda, lo que debía ser un estilo digno de ellos y que éste estilo no lo tenían. Los grandes modelos de la elocuencia antigua le eran casi tan desconocidos como las ideas de la filosofía moderna; pero esas palabras de la antigüedad escapadas á las grandes pasiones y á los grandes caracteres, esas palabras que de siglo en siglo resuenan en todos los oídos, se habían grabado profundamente en su memoria; y en esas formas clásicas se exteriorizaban, sin él imaginarlo siquiera, sus pasiones y su carácter, en sus impetuosos arranques. Su imaginación y la especie de elocuencia que ésta le daba, singularmente apropiada á su figura, á su voz y á su estatura, eran las de un demagogo; su golpe de vista sobre los hombres y las cosas, súbito, claro, imparcial y verdadero; tenía la prudencia sólida y práctica que es fruto exclusivo de la experiencia; no sabía casi nada, y no le engreía la presunción de adivinar nada; en la tribuna, pronunciaba algunas palabras que resonarían largo tiempo; en la conversación, callaba; escuchaba con interés cuando se hablaba poco; con extrañeza, cuando se hablaba mucho; hacía hablar á Camilo y dejaba hablar á Fabre d'Eglantine». Aunque Danton careciese de estilo, como afirma Garat, se conservan de él frases muy hermosas. Lo es su máxima tan enérgica y tan profunda: «El pueblo en revolución es como el bronce que hierve y se regenera en el crisol». Lo son también aquellas melancólicas palabras que le arrancó el desengaño: «Más vale ser un pobre pescador que gobernar á los hombres».

Las consideraciones precedentes no son aplicables á los dos más célebres oradores de la Montaña, Robespierre y Saint-Just. Estos son atildados, correctos, solemnes, ceremoniosos. Su elocuencia difiere también de la girondina, pero es por otra razón. Los girondinos, ardientes y apasionados, vacilan, sin embargo, temerosos de la vertiginosa rapidez con que marchan los acontecimientos; Robespierre y Saint-Just, fríos, reflexivos, lógicos, sentado un principio, no retroceden ante ninguna de sus consecuencias. Tienen sobre sus competidores la ventaja de saber lo que quieren, y la de quererlo con la energía y la decisión del fanático. De ahí, las cualidades que distinguen su oratoria. Aun en sus discursos, son más bien escritores que oradores; mientras que los girondinos, aun escribiendo, son más bien oradores que escritores. En las dramáticas discusiones que motivó el proceso de Luis XVI, el derecho estricto, la conveniencia, la generosidad, la compasión, hablaban por boca de Vergniaud y de Gensonne; á pesar de ello, triunfaron Robespierre y Saint-Just, y es que sus razonamientos eran difíciles de refutar, admitida por todos, expresa ó tácitamente, la culpabilidad del rey.

Robespierre manejaba diestramente la ironía, y no contento con herir á sus víctimas, vertía en la herida la hiel de sus sarcasmos. Cuando denunció á los girondinos, terminaba diciendo epigramáticamente: «No me atrevo á afirmar que incluyáis en el mismo



decreto á patriotas *tan distinguidos* como Gaudet, Vergniaud y *otros*, y sería una especie de sacrilegio pedir la acusación de Gensonne». Hábil, oportuno, intencionado, se aprovechaba del menor incidente para producir más efecto; pero no le costaba trabajo, cuando le convenía, mostrarse moderado, circunspecto, insinuante, respetuoso hacia sus colegas, pareciendo entonces, no el dictador que impone su voluntad, sino el jefe de gobierno que impetra de la mayoría un voto de confianza. Ni era tampoco raro que encubriese la amenaza bajo el halago, ó que disimulara su orgullo de vencedor con el velo de la modestia. No solía improvisar, y todos sus grandes discursos los redactó *sosegadamente*, en el silencio y la comodidad de su despacho, redondeando los períodos, limando las frases, preparando los efectos; por eso les falta casi siempre animación y movimiento. Como escritor, es pulcro y académico. Gusta del detalle, abusa de la enumeración, se recrea en la pintura. En el fondo sigue á Rousseau; pero, en la forma, se nota frecuentemente la influencia que sobre él ejerce La Bruyere. El defecto de su estilo es la lentitud. Hay casos, no obstante, pocos, en verdad, en que expresa una observación aguda ó un pensamiento profundo en forma rápida y pintoresca, como, por ejemplo, cuando dice: «El fanatismo es un animal caprichoso; huye ante la razón; pero si le perseguís con grandes gritos, volverá sobre sus pasos».

Saint-Just es aun más frío, dogmático, rígido, impasible que Robespierre. Emite sus proposiciones, por aventuradas que sean, con la seguridad de quien sienta un axioma. «No se puede reinar y ser inocente», dice, y se queda tan tranquilo. Menos correcto que Robespierre, le aventaja en el relieve, el color y la sonoridad de la frase. Queriendo imitar á Montesquieu, pone la mira en la concisión.

Hay en los oradores de la Revolución exceso de retórica; les seduce demasiado la propopopeya; acuden á cada momento en busca de ejemplos é imágenes á la antigüedad. Son resabios de su educación clásica, fortalecidos por la aparente analogía de las situaciones. Ni aun á Mirabeau puede exceptuarse, y no siempre es tan oportuno, en sus comparaciones históricas, como al recordar cuán cerca estaba la roca Tarpeya del Capitolio. En este punto, nada tienen que echarse en cara girondinos y jacobinos. Al votarse la pena que había de imponerse á Luis XVI, dice Frerón: «Pido que, antes de votar la sentencia de reclusión, se vele la imagen de Bruto y se saque su busto de este recinto; voto por la muerte». Á lo que contesta el diputado Alldieur: «Roma arrojó á los reyes y fué libre; César fué asesinado por Bruto y tuvo un sucesor; voto por la reclusión». Vouland aduce, para defender la muerte de Luis, el castigo infligido á Bruto por sus hijos, mas enseguida le replica Enland: «La expulsión de los Tarquinos trajo la República; la muerte de César creó el triunvirato: voto por la reclusión». Podríamos continuar estas citas indefinidamente.

Bajo la sujeción del mal gusto dominante en la literatura, caen también los oradores

en la afectación, la extravagancia, la violencia, el énfasis, la fraseología hueca y declamatoria. Danton se propone «batir á sus enemigos con el cañón de la verdad». Robespierre combate á los girondinos, porque «llaman de todas partes á las serpientes de la calumnia, al demonio de la guerra civil, á la hidra del federalismo, al mónstruo de la aristocracia».

Hablemos ya de la prensa.

Antes de mil setecientos ochenta y nueve, necesitábase un privilegio especial para fundar un periódico, y la publicación de los hechos y noticias de interés general era monopolizada por la *Gaceta de Francia*. La prensa, sólo por incidencia y excepcionalmente, penetraba en el campo de la política, donde puede decirse que su acción no se dejaba sentir. La Revolución cambió radicalmente este estado de cosas. Desde los primeros momentos, utilizóse el periódico como instrumento de propaganda y arma de combate, y fué extraordinario el número de ellos que apareció no bien fué reconocida la libertad de imprenta. Apenas hubo, en todo el agitado período revolucionario, jefe de partido ni político importante que no tuviese su órgano en la prensa, por él creado y de que era generalmente único ó principal redactor.

Al reunirse los Estados generales, comprendiendo Mirabeau que en los días que se acercaban la opinión iba á ser la fuerza política preponderante, á fin de prepararla, ilustrarla y encauzarla según sus miras, comenzó á publicar una hoja periódica, que había anunciado de antemano y cuyo nombre era el mismo de la Asamblea. De *Los Estados generales*, de Mirabeau, sólo vieron la luz dos números; porque, habiéndose hablado en el segundo de la necesidad de dotar á Francia de una Constitución, asustáronse los ministros y dieron dos decretos: uno, para suprimir la referida hoja, y otro, prohibiendo la publicación de escritos periódicos. El gran orador, resuelto á llevar adelante su pensamiento, recurrió entonces á una estratagema, y bajo el pretexto de comunicar á sus electores cuanto pudiese interesarles relacionado con la marcha de los asuntos públicos, dió á la estampa é hizo circular una serie de *Cartas del conde Mirabeau á sus comitentes*..., donde exponía con toda amplitud sus juicios é ideas. Establecida la libertad de imprenta, las *Cartas* fueron reemplazadas por *El Correo de Provenza*, que Mirabeau continuó hasta su muerte, aunque, desde principios de mil setecientos noventa, lo había abandonado casi por completo en manos de sus colaboradores. Los artículos de Mirabeau no desmerecen de sus discursos. Con la pluma es lo mismo que con la palabra, el sagacísimo político, profundo conocedor de los hombres y las cosas, temible polemista y lógico contundente.

Robespierre tuvo también su periódico, *El Defensor de la Constitución*, cuyo título cambió, después del diez de Agosto, por el de *Cartas de Maximiliano Robespierre, miembro de la Convención nacional de Francia, á sus comitentes*. Es publicación poco conocida,



no obstante la celebridad de su autor. No así *El Patriota francés*, de Brissot, que gozó de gran fama y ejerció extraordinaria influencia, siendo el órgano más importante de los girondinos. Las cualidades de Robespierre como escritor ya las hemos indicado. Las de Brissot consistían especialmente en la claridad, la seriedad y la corrección. Entraba pocas veces en el terreno de las personalidades, tendiendo á convencer más que á lastimar. Era ingenioso y erudito, y cuando la indignación movía su pluma, se expresaba con calor y elocuencia. Comprendió, antes y mejor que ninguno de sus contemporáneos, que no hay libertad posible allí donde no se respeta la de imprenta, y escribió al frente de su periódico el siguiente lema: «Una gaceta libre es un centinela avanzado que vela sin cesar por el pueblo»; siendo máxima favorita suya que: «Con la libertad de imprenta toda Constitución se mejora, y sin ella la mejor se destruye». Político perspicaz, juzgaba necesaria la unión de Francia é Inglaterra, como garantía de la paz de Europa. Demócrata convencido, escribió á la muerte de Mirabeau: «Los hombres de este temple hacen las revoluciones y las pierden». Periodista hábil é intencionado, se anticipó á los de nuestro siglo publicando resúmenes de las sesiones de la Asamblea, que eran á modo de las crónicas parlamentarias posteriores, en donde se atenia más al espíritu que á la letra de los discursos y daba viveza y colorido á la narración, intercalando observaciones ingeniosas y pertinentes. Por los muchos méritos que reunía, Brissot llegó á ser, con sus escritos y su periódico, una verdadera potencia hacia mil setecientos noventa y uno; le consultaban de todas partes, y sus consejos y sus palabras eran oídos con respeto. Condorcet, Payne, Gregoire, Lhantenas y Kersaint publicaron también excelentes trabajos en *El Patriota francés*.

La lectura de la prensa de aquellos años memorables es sumamente instructiva, dándonos á conocer los hombres y los hechos mejor que ningún otro documento. Así, por ejemplo, en *El Amigo de los Ciudadanos*, de Tallien, y en *El Orador del Pueblo*, de Freiron, vemos cómo sus redactores, primero ardientes revolucionarios, pasan á ser al poco tiempo antiterroristas furibundos, y en *Las Revoluciones de París*, semanario que tuvo mucha boga, encuentra el historiador un hilo de Ariadne para guiarse en el laberinto de los acontecimientos. Acreditó esta revista Loustalot, joven abogado, escritor de talento y decidido campeón de la libertad. Loustalot murió en Septiembre de mil setecientos noventa, víctima de rápida enfermedad, producida, según se dice, por la amargura y dolor que le causaron los sucesos de Nancy, y después de esta fecha, la publicación mencionada corrió á cargo exclusivo de Prudhomme, que la había fundado y que consiguió mantener su popularidad hasta Febrero de mil setecientos noventa y cuatro, en que salió su último número.

Los periódicos contribuyeron, tanto ó más que los clubs, á encender y enconar las pasiones demagógicas. En este respecto, nadie sobrepujó á Marat en su *Amigo del Pueblo*, ni á Hebert en su *Tío Duchesne*. Marat no se cansaba de denunciar á los «traidores»

y predicaba la muerte bajo todas sus formas, tratando este tema, de suyo tan monótono, de modo que siempre parecía nuevo y nunca resultaba pesado ni repulsivo. Hebert halagaba los instintos más groseros del populacho. Uno y otro estaban dotados de algunas cualidades recomendables como escritores y periodistas; pero las ahogaba, en aquél, la demencia sanguinaria, y en éste, el cinismo soez y brutal de que hacía alarde. Del lenguaje de *El Amigo del Pueblo* puede juzgarse por los siguientes ejemplos, que tomamos de diferentes números: «Hace un año, quinientas ó seiscientas cabezas cortadas os habrían hecho libres y felices. Hoy será preciso derribar diez mil. Dentro de algunos meses, tal vez necesitéis cortar cien mil....»—«Colgad, colgad, queridos amigos; es el único medio de hacer entrar en razón á vuestros pérfidos enemigos»—«Si hubiese dispuesto de dos mil hombres como yo, habría ido con ellos á dar de puñaladas á Mottié (así llamaba á Lafayette), en medio de sus batallones de bandidos, á quemar al déspota en su palacio y á empalar á nuestros atroces representantes en sus asientos». *El Tío Duchesne* es intraducible; sus frases salpicarían el papel de cieno é inmundicia.

De la libertad de imprenta se aprovecharon, mientras subsistió, todos los partidos. De las publicaciones periódicas que lanzaron á la palestra los realistas puros, la más célebre fué los *Hechos de los Apóstoles*. La dirigía Peltier, y colaboraban en ella Suleau, el vizconde de Mirabeau, Rivarol, Montlosier y otros. Escrita con gracia ó ingenio, combatía las personas más que las ideas, ocupando en sus columnas el insulto el lugar de la censura, la invectiva el del razonamiento. Sus armas preferidas eran la burla, la ironía, el ridículo, la sátira, únicas de que, en su impotencia, disponen los vencidos. Caía á menudo en la procacidad y la desvergüenza, y calientes aun las cenizas de Mirabeau, arrojaba á manos llenas puñados de lodo sobre la memoria del tribuno.

Menos apasionados los periodistas constitucionales, libraron, sin embargo, rudas batallas al radicalismo. Entre ellos sobresalió, por la firmeza de sus convicciones y la entereza de su carácter, Mallet del Pan, que solía decir, dirigiéndose á sus adversarios: «Podréis destruir lo que escribo, mas no lograréis arrancarme una sola línea contra mi conciencia».

El diez de Agosto hizo enmudecer á los periódicos monárquicos, que fueron suprimidos dos días después por un decreto del Ayuntamiento. Desde entonces, no pudieron los realistas valerse de la prensa sino apelando á artificios y á habilidades de lenguaje, á circunloquios, reservas y precauciones de todo género. Hubo, no obstante, un periódico monárquico, *El Diario francés*, que, al dar cuenta de la muerte de Luis XVI, se atrevió á decir: «Es inútil disimularlo; París está sumido en el estupor; el dolor mudo, para servirme de una expresión de Tácito, se pasea por las calles, y ese dolor, que sujeta la expresión de todos los sentimientos, se lee grabado en la frente de los ciudadanos. El rey ha muerto. ¿Agoniza la anarquía? ¿Están soterradas las facciones?». El animoso periodista